

## DIMENSION UNIVERSAL DE PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

Por Manuel de Jesús Goico Castro



PEDRO Henríquez Ureña fue un auténtico apóstol. Su función no tuvo las limitaciones técnicas y docentes de dar cátedras de filología, de historia de la cultura, de literatura española y latinoamericana, de historia del arte y de otras materias afines, sino que difundió en todo el Continente una doctrina para forjar la imagen cultural de América.

Era un griego de la Edad de Pericles trasplantado al siglo XX y su voz de humanista y de filólogo, de dimensión universal, alcanzó gran resonancia en el corazón de los discípulos que tuvieron el privilegio de escucharlo en las Universidades de México, de Minnesota y de Harvard en Estados Unidos y de La Plata y Buenos Aires en la Argentina.

Enrique Anderson Imbert en su *Historia de la Literatura Hispanoamericana* ofrece un testimonio muy elocuente del apostolado de Henríquez Ureña como maestro: "... Tenía una prosa magistral en su economía, precisión y arquitectura. Fue un humanista formado en todas las literaturas, en todas las filosofías; y en su curiosidad por lo humano no descuidó ni siquiera las ciencias. Su obra escrita, con ser importante, apenas refleja el valor de su talento..."

Y agrega Anderson Imbert: "Dio lo mejor a los amigos, en la conversación, en la enseñanza. Donde viviera, allí creó ambientes, familias intelectuales, discípulos... Tenía preferencias racionalistas, clásicas. "Era su pensamiento claro y constructivo".

El académico Fermín Estrella Gutiérrez, discípulo de Pedro Henríquez Ureña, afirma que su maestro ocupa como apóstol “un lugar de excepción entre los eruditos y americanistas de nuestro tiempo”... y que su espíritu ha estado “identificado con el alma de la raza y con el destino permanente —y sin fronteras—, de la inteligencia...”.

Estrella Gutiérrez, poeta e historiador de la cultura, deja constancia del pedestal que como apóstol y orientador se labró en mármol de eternidad Henríquez Ureña en la Argentina: “... se dedicó a la enseñanza, especialmente en el Colegio Nacional de la Universidad de La Plata, y a sus funciones de asesor de varias prestigiosas editoriales, su acción y su influencia en la cultura literaria de nuestro país hablan elocuentemente de cómo era de generoso, de universal y de profundo su magnífico espíritu de hombre y de escritor...” (1)

El apostolado de Henríquez Ureña cobra fuerzas desde la segunda década del siglo, proyectado desde las ágoras y los olímpos, primero de México y luego de Estados Unidos de América y de la Argentina.

Ya para 1925, Armando Donoso, el crítico chileno, en su libro *La otra América* le consagra el capítulo *Henríquez Ureña y la erudición* y afirma que después de Ventura García Calderón y Rubén Darío, Henríquez Ureña, Gonzalo Zaldumbide o Alfonso Reyes “... *consituirán la sorpresa que nos reserve el porvenir.*” (2)

Antes de la fecha de la publicación del libro de Donoso ya Pedro Henríquez Ureña había contraído nupcias con una de las más bellas e inteligentes mujeres mexicanas: Isabel Lombardo Toledano. El episodio lo reseña Rafael Alberto Arrieta, —uno de los primeros argentinos que supo interpretar el genio del humanista dominicano— : “Pedro Henríquez Ureña, su joven y

---

(1) Estrella Gutiérrez: *Literatura Americana y Argentina*, Editorial Kapelusz, Buenos Aires, 1940, p. 543-544.

(2) Donoso. ob. cit. p. 67

bella esposa y su hijita Natacha desembarcaron en Buenos Aires a fines de junio o a principios de julio de 1924” (3) En su estudio *Encuentros con Pedro Henríquez Ureña* el crítico Alfonso Reyes, —colega y amigo inseparable del maestro— afirma: “Se casó y se fue a la Argentina, adonde lo llamaban el destino y Arnaldo Orfila Reynal”. (4)

No había arribado a la cuarta década nuestro Henríquez Ureña cuando Armando Donoso en el estudio que incluye en su libro *La otra América*, —ya mencionado—, esculpe esta semblanza al más universal de los pensadores dominicanos: “... al escritor que procede, por derecho divino, de esa familia de humanistas en quienes la ciencia infusa se remoja de humanidad: Erasmo, Montaigne, Taine, Menéndez y Pelayo. Sin embargo, un día le tentó el hada traviesa que se oculta entre los indigestos infolios, y acaso él, que es joven y que ha retemplado su personalidad en el gusto de lo moderno, pensó en las doctas e inútiles Academias, olvidando el sabio consejo del poeta: “De horribles blasfemias — de las Academias— líbranos, Señor”. (5)

Armando Donoso dirige a Pedro una carta que intitula *Epístola al Filólogo* que llega a manos del maestro en la Universidad de Minnesota. En ese documento de profundidad filosófica, de impecable casticismo y de señorial solidaridad literaria, exalta su “*socrática austeridad*” y su inteligencia, y porque “supo armonizar en sus dones el ímpetu dionisiaco con la gracia apolínea”. “Placíame saber que su amor por los libros no le restaba bríos a su primavera y que tras la noche consumida en la atenta lectura del rancio volumen la alondra llegaba a anunciarle el florecer de cada mañana”. (6)

También exalta “el noble carácter de su erudición, que sabía aderezar doctas lecciones con pétalos de rosas frescas” (7)

---

(3) Rafael Alberto Arrieta: Pedro Henríquez Ureña, profesor en la Argentina, en Revista Iberoamericana, enero-diciembre 1956, núm. 41-42, p. 89.

(4) Reyes, en Revista Iberoamericana, edición citada pág. 58.

(5) Donoso, ob. cit. p. 72.

(6) Donoso, ob. cit. p. 73

(7) Donoso, ob. cit. p. 73

Donoso pregunta al maestro en su famosa epístola: “¿Cree usted que todos los que como yo bien le admiran habrán seguido, hasta la última, las trescientas diez y seis grandes páginas de *La versificación irregular en la poesía castellana*? ”.

Los fragmentos que hemos citado de la epístola los cerramos con este broche de oro, que es una reverencia y una exaltación al sabio dominicano, cincelado con el diáfano pensamiento del crítico chileno:

“Tienen sus obras el don de la gracia y de la sensibilidad; esa elegancia inconfundible que es fruto del trato frecuente con los dioses; que le ha elevado a usted, en nuestra América, al digno apostolado de un joven maestro”. (8)

La dimensión universal de Pedro Henríquez Ureña emana de la aureola que su figura de humanista ha conquistado en los centros académicos más calificados de ambos hemisferios. Alfredo A. Roggiano en su libro *Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos* proclama que el sabio “decidía la orientación de sus gustos en un sentido más universal y permanente”. (9)

“La más alta distinción que Pedro Henríquez Ureña recibió de los Estados Unidos de Norteamérica fue sin duda la invitación que le hizo la Universidad de Harvard para ocupar la cátedra poética denominada Charles Eliot Norton”, célebre humanista estudioso de Dante y eminente hombre de letras norteamericano fallecido en 1908.

“Hasta el año pasado (1940) — dice don Pedro — todos eran norteamericanos e ingleses (quienes ocuparon dicha cátedra), y entre ellos hombres tan autorizados como Gilbert Murray —que fue mi maestro —, el célebre T. S. Eliot y Robert Frost”. “... fui el primer latinoamericano que ocupó esa alta tribuna”. (10)

Roggiano destaca un curioso comentario que Henríquez Ureña formula durante el período en que fue orientador de la juventud norteamericana a través de sus cátedras en Minnesota,

---

(8) Donoso, ob. cit. p. 75.

(9) Roggiano, ob. cit. p. X.

(10) Roggiano, ob. cit. p. LXXXIII.

Harvard, Cambridge y otras universidades: “Es interesante anotar que casi todos los famosos autores yanquis viven en el campo, haciendo así práctica *la vuelta a la naturaleza*”. (11)

“Gracias a Pedro Henríquez Ureña, y poco después a otro distinguido hispanoamericano, el chileno Arturo Torres Riaseco, quien también se doctoró en Minnesota con una tesis ejemplar, las universidades de Estados Unidos fueron abriendo sus puertas, cada vez más, a estudiantes y profesores de la América Hispánica. Y hoy casi no hay universidad de este país que no tenga alguno o varios profesores hispanoamericanos enseñando en sus aulas. Don Pedro fue el *pioneer* que abrió camino de respeto y de gloria para todos nosotros. Por este mérito y por el de su obra escrita sobre la cultura de la América Hispánica, su nombre se venera casi como a un ídolo y su ejemplo alienta la vocación y el esfuerzo de miles de hispanoamericanistas de las dos Américas. Se fue de Minnesota porque su corazón estaba en el ámbito de su lengua y de su raza. Pero mucho de él quedó flotando en el aire de Minneapolis como un efluvio mágico y bienhechor. Todavía es posible conversar con compañeros de sus años universitarios y obtener de ellos esa impresión reconfortante”. (12)

Pedro Henríquez Ureña es uno de los forjadores del espíritu de la mexicanidad contemporánea.

Su inquietud, su constante renovación, lo sitúan en la vanguardia como maestro, en las corrientes del pensamiento mexicano de las primeras décadas del siglo XX. Es la voz y el penacho orientador de una falange de la juventud que liderean: Juan José Tablada, Xavier Villaurrutia, Enrique González Martínez, Jesús E. Valenzuela, Manuel Gutiérrez Nájera y otros poetas vanguardistas, conscientes de que “*renovarse es estar naciendo todos los días*”.

Hay una generación que Alfonso Reyes ha llamado del Centenario. “En nuestra compañía —relata nostálgicamente Antonio Caso — don Pedro Henríquez Ureña, don Alfonso

---

(11) Roggiano, ob. cit. p. LXXXV.

(12) Roggiano, ob. cit. p. LXXXI.

Reyes y don Martín Luis Guzmán ... leíamos y comentábamos a Kant en el texto de Perojo". (13)

“Vasconcelos y Caso son los filósofos del grupo; Henríquez Ureña y Reyes, los representantes del humanismo. PEDRO HENRIQUEZ UREÑA (1884–1946), dominicano, ciudadano de América, fue quien organizó al grupo de jóvenes que se reunía en la Preparatoria en “Ateneo de la Juventud”. En filosofía Henríquez Ureña se anticipa a Caso en rechazar el positivismo”. (14)

Samuel Ramos en su *Historia de la Filosofía en México* (México, 1943, p. 132), patentiza la influencia del humanista dominicano en la cultura azteca:

“No cabe duda que las conversaciones socráticas de aquel joven maestro y la información que trajo a México de las nuevas corrientes del pensamiento hicieron cambiar la posición de Antonio Caso, y a través de éste todo el rumbo de la enseñanza filosófica en México”.

El paso de Henríquez Ureña por México, según José Luis Martínez, “fue singularmente provechoso para nuestro desarrollo cultural y a su magisterio deben con largueza muchas de las personalidades del Ateneo: José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Enrique González Martínez, Ricardo Gómez Robelo, Jesús T. Acevedo y Julio Torri.” (15)

Luis Leal en su libro *Panorama de la Literatura Mexicana Actual* (ob. cit. p. 20) proclama que “México tiene con Pedro Henríquez Ureña una deuda de agradecimiento y gratitud”.

Entre los discípulos más brillantes de esa legión de jóvenes que tuvo el privilegio de descifrar con Henríquez Ureña los enigmas de la cultura y de conquistar la luz de la verdad y de la ciencia, en ese ciclo renacentista, —gracias a sus doctas enseñanzas —, adquirió el nombre honorífico de “los siete

---

(13) Luis Leal: *Literatura Mexicana Actual*, Washington, 1968 p. 16.

(14) Leal, ob. cit. p. 20.

(15) José Luis Martínez: *Las letras patrias* (de la época de la independencia a nuestros días), en *México en la Cultura* (México, 1946, p. 430-431).

*sabios*”, el grupo formado por Antonio Caso, Antonio Castro Leal, Vicente Lombardo Toledano, Manuel Gómez Morín, Alberto Vásquez del Mercado, Teófilo Olea y Jesús Moreno Vaca.

Uno de esos siete sabios: Antonio Castro Leal, al evocar a su maestro escribe:

“Henríquez Ureña ha sido uno de los americanos más nobles, más buenos, más sabios, más inteligentes y de más fina sensibilidad de este siglo”. (16)

En reconocimiento a su contribución decisiva a la grandeza de la nación mexicana, Humberto Tejera incluye a Pedro Henríquez Ureña como un capítulo de su libro *Cultores y Forjadores de México – Biografías –* (Libro Mex Editores, México, 1961, p. 198-204), junto a Vasco de Quiroga, Hidalgo, Morelos, Andrés Quintana Roo, Valentín Gómez Farías, Melchor Ocampo, Justo Sierra, David Berlanga, Ignacio Ramírez, Silva y Aceves, Altamirano y otros tan grandes como los volcanes del Anáhuac.

Como muestra del fervor de los argentinos a Henríquez Ureña incluimos estos juicios, a manera de lúcidas perlas:

“Resulta caro a nuestros sentimientos al recuerdo de ese gran humanista que residió en nuestro país veinte años, dejando profundas huellas a través de sus enseñanzas en muchos catedráticos argentinos, que tienen el honor de considerarse discípulos suyos”. (17)

“A medida que pasan los años... más se levanta el recuerdo de Henríquez Ureña, más admiramos y añoramos aquel espíritu supremo”. (18)

---

(16) Castro Leal, México en la Cultura, México 4 de Julio de 1960, p. 5.

(17) Carta del Doctor Eduardo Jorge Vidiella, Secretario de Asuntos Académicos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, del 5 de mayo de 1976.

(18) Ernesto Sábato: Significado de Pedro Henríquez Ureña, Ediciones Culturales Argentinas, Buenos Aires, 1966, p. 7.